Pierre Grimal

La mitología griega

Paidós Studio 75

Material com direitos autorais

Paidós Studio

Últimos títulos publicados:

112. H.-G. Gadamer - *El inicio de la filosofía occidental*
113. E. W. Said - *Representaciones del intelectual*
114. E. A. Havelock - *La musa aprende a escribir*
115. C. F. Heredero y A. Santamarina - *El cine negro*
116. B. Waldenfels - *De Husserl a Derrida*
117. H. Putnam - *La herencia del pragmatismo*
118. T. Maldonado - *¿Qué es un intelectual?*
120. G. Marramao - *Cielo y tierra*
121. G. Vattimo - *Creer que se cree*
122. J. Derrida - *Aporías*
123. N. Luhmann - *Observaciones de la modernidad*
124. À. Quintana - *El cine italiano, 1942-1961*
125. P. L. Berger y T. Luckmann - *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*
126. H.-G. Gadamer - *Mito y razón*
127. H.-G. Gadamer - *Arte y verdad de la palabra*
128. F. J. Bruno - *Diccionario de términos psicológicos fundamentales*
129. M. Maffesoli - *Elogio de la razón sensible*
130. Ch. Jamme - *Introducción a la filosofía del mito*
131. R. Esposito - *El origen de la política*
133. R. Aron - *Introducción a la filosofía política*
134. A. Elena - *Los cines periféricos*
135. T. Eagleton - *La función de la crítica*
136. A. Kenny - *La metafísica de la mente*
137. A. Viola (comp.) - *Antropología del desarrollo*
138. C. Cavell - *La mente psicoanalítica*
139. P. Barker (comp.) - *Vivir como iguales*
140. S. Shapin - *La revolución científica*
141. J. R. Searle - *El misterio de la conciencia*
142. R. Molina y D. Ranz - *La idea del cosmos*
143. U. Beck - *La democracia y sus enemigos*
144. R. Freixas y J. Bassa - *El sexo en el cine y el cine de sexo*
145. M. Horkheimer - *Autoridad y familia y otros escritos*
146. A. Beltrán - *Galileo, ciencia y religión*
147. H.-G. Gadamer - *El inicio de la sabiduría*
148. R. A. Spitz - *No y sí*
149. R. Flecha, J. Gómez y L. Puigvert - *Teoría sociológica contemporánea*
150. G. Baumann - *El enigma multicultural*
151. E. Morin - *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*
152. O. Marquard - *Filosofía de la compensación*
154. Z. Bauman - *La cultura como praxis*
155. M. Canto-Sperber - *La inquietud moral y la vida humana*
156. J. Habermas - *Acción comunicativa y razón sin transcendencia*
157. H. Arendt - *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*
158. Ch. Taylor - *Las variedades de la religión hoy*
159. J. Habermas - *La ética del discurso y la cuestión de la verdad*
160. A. Jacquard y otros - *¿Una educación sin autoridad ni sanción?*
161. J. P. Fitoussi - *La democracia y el mercado*
162. J. R. Searle - *Libertad y neurobiología*
163. M. Canto-Sperber y R. Ogien - *La filosofía moral y la vida cotidiana*
164. M. Augé y J. P. Colleyn - *Qué es la antropología*
165. R. Rorty y G. Vattimo - *El futuro de la religión*
166. R.-P. Droit - *Entrevistas con Michel Foucault*
167. J. Butler - *Deshacer el género*

Material com direitos autorais

Título original: *La mythologie grecque*
Publicado en francés por Presses Universitaires de France, París

Traducción de Félix A. Pardo Vallejo
Revisión de Enrique Folch González

Cubierta de Mario Eskenazi y Pablo Martín

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright» bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1953 by Presses Universitaires de France, París
© 1989 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-7509-530-1
Depósito legal: B-20.309/2007

Impreso en Book Print Digital
Botànica, 176-178 - 08908 L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Material com direitos autorais

INTRODUCCION

EL MITO EN EL PENSAMIENTO DE LOS ANTIGUOS GRIEGOS

Se da el nombre de «mitología» griega al conjunto de relatos maravillosos y de leyendas de toda índole cuyos textos y monumentos representados nos muestran que circularon en los países de lengua griega, entre los siglos IX u VIII antes de nuestra era, época a la cual nos remiten los poemas homéricos, y el fin del «paganismo», tres o cuatro siglos después de Jesucristo. Hay ahí una inmensa materia, harto difícilmente definible, de orígenes y caracteres muy diversos, que resulta haber desempeñado y desempeña todavía un papel considerable en la historia espiritual del mundo.

Todos los pueblos, en un momento de su evolución, se han procurado leyendas, es decir, relatos maravillosos a los que han dado crédito por un tiempo –al menos en cierto grado–. La mayoría de las veces, las leyendas pertenecen al dominio de la religión porque hacen intervenir fuerzas o seres considerados superiores a los humanos. Puesto que cada una de las acciones del héroe cuyas hazañas se relatan es creadora y acarreadora de consecuencias por las que se resiente el universo entero, las leyendas se presentan entonces como un sistema, más o menos coherente, de explicación del mundo. A este tipo pertenecen los grandes poemas épico-rreligiosos de la literatura india. En otros países, el elemento épico es el que predomina. Sin duda, los dioses no están ausentes del relato donde su acción es apreciable, pero la génesis del mundo no se pone por ello en entredicho. El

Material com direitos autorais

héroe se contenta con dar grandes golpes de espada, idear artimañas memorables, realizar viajes por países maravillosos y, aunque sobrepase la medida humana, sigue siendo de la misma esencia que la humanidad. A este tipo pertenecen sobre todo los ciclos legendarios de los celtas que las novelas galesas nos dan a conocer. También en otros lugares los relatos del mito han terminado perdiendo casi todo carácter maravilloso y se ocultan bajo las apariencias de la historia. Los romanos, en particular, parecen haber integrado de este modo verdaderas acciones legendarias en sus más antiguas crónicas: el heroísmo de Horacio Cocles defendiendo el puente del Tíber contra los invasores no es, se dice, más que el último avatar de un genio tuerto, cuya estatua, situada en las orillas del río, habría perdido su significación primera y servido finalmente para inventar por entero un episodio de la lucha (en parte histórica) entre romanos y etruscos.

El mito, en Grecia, participa de todas estas clases. Tan pronto se tiñe de historia, y sirve de título de nobleza a las ciudades o a las familias como se transforma en epopeya. Otras veces viene a recalcar o a explicar las creencias y los ritos de la religión. Ninguna de las funciones que, en otros lugares, asume la leyenda le es extraña. Pero aún hay más. La palabra griega que sirve para designarlo (μῦθος) se aplica a cualquier historia que se pueda relatar, tanto el argumento de una tragedia o la intriga de una comedia como el tema de una fábula de Esopo. El mito se opone al *logos* como la fantasía a la razón, como la palabra que narra a la que demuestra. *Logos* y *mythos* son las dos mitades del lenguaje, dos funciones igualmente fundamentales de la vida del espíritu. El *logos*, siendo un razonamiento, intenta convencer; produce en el oyente la necesidad de emitir un juicio. El *logos* es verdadero si es adecuado y conforme a la «lógica»; es falso si encubre cualquier astucia secreta (un «sofisma»). Pero el «mito» no tiene otro fin que sí mismo. Se cree en él o no, a capricho, por un acto de fe, si se le juzga «bello» o verosímil, o simplemente si se desea creer en él. El mito

Material com direitos autorais

atrae así en torno suyo toda la parte irracional del pensamiento humano: está, por su naturaleza misma, emparentado con el arte, en todas sus creaciones. Y he aquí tal vez la característica más sorprendente del mito griego: observamos que se ha integrado en todas las actividades del espíritu. No hay ningún ámbito del helenismo, sea la plástica o la literatura, que no recurra a él constantemente. Para un griego, el mito no conoce fronteras. Se insinúa en todas partes. Es tan esencial para su pensamiento como el aire o el sol para su vida misma.

Las primeras epopeyas en lengua griega conocidas hoy en día, a saber, la *Ilíada* y la *Odisea*, ya son «mitos» en sentido amplio. Están caracterizadas por la mezcla constante de lo humano y lo sobrehumano. Los héroes de la *Ilíada* tienen por antepasados, incluso por familiares, una o varias divinidades y, al mismo tiempo, están considerados como los antepasados de históricas familias nobles. Aquiles es hijo de Tetis, diosa del mar, y su destino está determinado por oráculos que existen desde tiempos inmemorables. Helena, causante de la guerra de Troya, es hija de Zeus, y fue la voluntad de Afrodita, la diosa del amor, la que la llevó a dejar a su marido y a su hija cuando el troyano Paris fue a buscarla a Esparta. En los dos campos, combaten los dioses y las diosas: Apolo, protector de Paris, por otra parte ofendido en la persona de uno de sus sacerdotes, cuya hija Criseida ha sido raptada por los aqueos, envía la peste al ejército de éstos. Posidón, Atenea y Ares intervienen en la lucha. Y las hazañas de Aquiles muestran, sin duda, el valor personal del héroe, pero también la protección divina que no le falta en ningún momento.

Lo mismo sucede con la *Odisea*. La descendencia divina de Ulises está sin duda peor atestiguada –la tradición que hace al bastardo Autólico hijo de Hermes no es la única conocida– pero la diosa Atenea se erige en su protectora, y es ella, finalmente, quien le salva de la cólera y del rencor del dios del mar, Posidón. La epopeya griega consigue por defi-

Material com direitos autorais

nición magnificar las disputas de los hombres, y, mediante el mito, ampliarlas a dimensiones cósmicas. Sus relatos, entendidos literalmente, manifiestan una fe religiosa: Zeus y las divinidades del Olimpo intervienen materialmente en los asuntos humanos; es necesario honrarlos a través de sacrificios, calmar su resentimiento, aplacarlos por todos los medios. Pero la interpretación del mito tiende ya a sobrepasar esta estrecha materialidad. Cuando Zeus pesa, en una balanza, los «destinos» (las *Moiras*) de Aquiles y de Patroclo, que se enfrentan en combate singular bajo los muros de Troya, es muy difícil admitir que los griegos de la época clásica creyeran, realmente en la gigantesca balanza, de la que un plato toca al cielo y el otro se hunde en las tinieblas infernales, aun cuando Esquilo, en una tragedia perdida, creyó poder representar materialmente este pesaje de las almas. El mito no se *expresa* en sus términos. Designa una imagen, un símbolo, si se quiere, de una realidad que sería, de otro modo, inefable. Es muy probable que a los ojos mismos del poeta el episodio no sea otra cosa que un medio de expresión, una forma de revelación, que ayuda a concebir el misterio del mundo, pero que no debería ser tomado al pie de la letra.

Del mismo modo, los santuarios erigidos a las divinidades presentaban, en sus frontones, un episodio característico de la leyenda del dios o de la diosa a quien el templo estaba dedicado. En el frontón este del Partenón, se encuentra el nacimiento milagroso de Atenea; en el oeste, la disputa entre Posidón y Atenea, que reivindican, cada uno, la posesión del Atica. Estas imágenes encarnan, de manera *completa*, y mejor de lo que lo haría ningún análisis basado en palabras, el sentimiento que los atenienses tienen de su ciudad y de ellos mismos: Atenea, que surge de la cabeza del padre todopoderoso, nacida sin madre, lo mismo que el pueblo ático ha «surgido del suelo» (autóctono, decíase entonces), desciende, sin embargo, de la Prudencia (*Metis*), a la que, en otro tiempo, se había unido su padre. Deméter y Core, la Tierra y la Vegetación, esperan serenamente el anuncio del nacimien-

Material com direitos autorais

to milagroso. Pronto, sobre la tierra bañada por los presentes del mar, impregnada de sal y de la brisa de Posidón, la diosa hará crecer el olivo, el más lento, el más sabio, el más luminoso de todos los árboles. El mito de Atenea, aunque no se creyera ya en su verdad literal, no dejaba de proponer infinitas meditaciones así como una inspiración cuya fuerza, después de tantos siglos, no está agotada todavía.

Como reserva del pensamiento, el mito ha terminado por vivir una vida propia, a medio camino entre la razón y la fe o el juego. De él dimana toda la meditación de los griegos, y, tras ellos, la de sus lejanos herederos; a él reclamaron los poetas trágicos sus argumentos, y los líricos sus imágenes. Prometeo, Edipo y Orestes fueron, primeramente, héroes de leyenda. Las imágenes de Aquiles y de Ulises y la locura de Ajax, fueron infinitamente reproducidas en los vasos: cántaros de vino, copas, recipientes de todas clases, mezclaban el mito con la vida cotidiana y lo convertían en algo familiar. En la casa como en el teatro, sus figuras son compañeras que impregnan el pensamiento, ocupan la imaginación y dominan las concepciones morales. No es sino con los filósofos, cuando el razonamiento ha alcanzado su límite, que se recurre al mito como a un modo de conocimiento susceptible de descubrir lo incognoscible. Así, Platón, en el *Fedón*, el *Fedro*, el *Banquete*, la *República* y otros diálogos, prolonga su pensamiento mediante mitos que él mismo inventa. Sin duda, no es exagerado sostener que tal generalización del mito y tal liberación de sus fuerzas, han sido una de las aportaciones fundamentales –tal vez incluso la aportación más esencial– del helenismo al pensamiento humano. Gracias al mito, lo *sagrado* ha dejado de ser terrible; toda una región del alma se ha abierto a la reflexión; gracias a él, la poesía ha podido convertirse en sabiduría.

Material com direitos autorais

1

MITOS Y MITOLOGIA

El trabajo de los escritores y de los sabios antiguos que utilizaron los datos legendarios o los recogieron sin más no consigue ocultarnos su asombrosa diversidad, ni tampoco la incoherencia con la que se nos presentan. Homero, Hesíodo, Píndaro y Esquilo dan, sin duda, la impresión de referirse a un sistema mítico muy definido, en el cual dioses y héroes presentan caracteres establecidos de una vez para siempre y parecen poseer una leyenda de episodios conocidos. Pero es ésa una impresión engañosa, debida sobre todo al hecho de que estos poetas (Hesíodo, en tanto que autor de la *Teogonía,* es un caso aparte) proceden casi únicamente por alusión, y no exponen de manera didáctica las genealogías divinas o los relatos a los que se refieren. Pero, incluso en estas condiciones, un análisis mínimamente atento basta para revelar diferencias o contradicciones entre los autores y, a veces, dentro de un mismo autor. La unidad no se introduce sino de modo artificial y secundario. Los mitos no nacen como un conjunto organizado, al modo de un sistema filosófico, teológico o científico. Crecen al azar, como las plantas, y es tarea del mitólogo reconocer las familias, las especies y las variedades.

Sobre un punto aparentemente tan esencial como el nacimiento de Zeus, el más grande de los dioses, existen las tradiciones más diversas. La más conocida lo sitúa en el monte Ida, en Creta; pero en la misma isla, el monte Dicte

Material com direitos autorais

reivindica el mismo honor y, al sur del Peloponeso, existe todavía, no lejos de Mesenia, una fuente llamada Clepsidra cerca de la cual habría nacido el niño divino.

Tantos santuarios, tantas leyendas diferentes, que no llegaron a ser contradictorias hasta el día en que se cayó en la cuenta de identificar el Zeus cretense, genio del Ida o del Dicte, y el Zeus mesenio del monte Itome. La contradicción no existe más que en el interior de una «mitología» panhelénica. Pero es evidente que la constitución de semejante mitología no es en absoluto primitiva, y procede ya de una reflexión sobre el mito.

A veces, las dificultades que encontramos son más incómodas de resolver, pues dependen del hecho de que la leyenda se ha desarrollado en tiempos y situaciones sociales e históricas diferentes. Las genealogías de los átridas nos hablan de señores de Micenas, de señores de Tirinto y de señores de Argos, y a veces es difícil diferenciar estos reinos. Todo se aclara cuando se piensa que el gran desarrollo de Tirinto y de Micenas no es contemporáneo del de Argos. Una leyenda local de Micenas, que hacía intervenir a un «rey» del país, resultaba incomprensible en un tiempo en que la soberanía no se hallaba ya en Micenas, sino en Argos. De manera espontánea, el narrador hacía la transposición necesaria, pero ciertos elementos típicamente locales permanecían y generaban la confusión. Es lo que sucede también con toda una serie de leyendas tesálicas, que tienen réplicas en el Peloponeso. Corónide, amada por Apolo y madre del dios de la medicina Asclepio, pasa habitualmente por ser la hija del tesalio Flegias. Pero, al mismo tiempo, se nos dice que este Flegias era en realidad un habitante de Epidauro, en el Peloponeso, y que ello explica que el culto de Asclepio haya florecido en Epidauro. Estas variantes reflejan en realidad un tiempo en que un mismo pueblo ocupaba el territorio que se extendía desde Tesalia hasta Epidauro o, si se prefiere, emigró de Tesalia al Peloponeso –las dos hipótesis dan igualmente cuenta de los hechos– antes de ser inundado por

Material com direitos autorais

oleadas de invasores que le despojaron de su sentimiento de unidad. Esta unidad ancestral no sobrevive más que en la identidad de leyendas y en la de nombres de lugar. Al parecido entre el Flegias de Epidauro y el Flegias de Tesalia corresponde el de las dos Larisa, la ciudad tesálica y la ciudadela de Argos.

Como vemos, el mito no es una realidad independiente, sino que evoluciona con las condiciones históricas y étnicas y, a veces, conserva muestras imprevistas de situaciones que de otro modo quedarían en el olvido. Desde este punto de vista, se revela como un medio de investigación valioso. Si dejamos de creer, tan ingenuamente como hace un siglo o dos, que la leyenda es *siempre* una deformación de la historia, podremos interrogarla y en cierto modo hacerle confesar lo que conserva del tiempo y del medio de los que surgió. Los mitólogos modernos son más sensibles a la variante poco frecuente y reveladora que sus predecesores más lejanos. Desconfían de los mitos que se han vuelto demasiado perfectos: su coherencia denuncia las modificaciones y el trabajo secundario de que han sido objeto.

El trabajo sobre los mitos empezó muy temprano y, la mayoría de las veces, lo que aprehendemos en los textos no es más que el resultado de una larga evolución. Lo mismo ocurre, por lo general, con las «fuentes» clásicas de la mitología. Desde el fin del siglo VI antes de nuestra era, el milesio Hecateo había escrito cuatro libros de *Genealogías,* de los que no poseemos más que algunos fragmentos, pero cuya doctrina está reproducida en las obras de sus sucesores. Esta domina las especulaciones de los primeros historiadores, Acusilao de Argos y Ferécides de Atenas, quienes recogieron las leyendas, consideradas como el «primer capítulo» de la historia nacional. Sin duda, es a Ferécides a quien se debe la primera elaboración de los mitos relativos a los orígenes áticos y la composición de una lista «canónica» de los reyes del país, en la cual aparecían íntimamente unidos viejos genios de la tierra (como Erictonio, y su réplica Erecteo) y

Material com direitos autorais

personajes verosímilmente históricos. Pero Ferécides no se limitó a las tradiciones de su país, y le vemos preocupado por conciliar entre sí las leyendas argivas que, con razón, parecían ya fundamentales para el conocimiento de la «Edad Media» griega. Ferécides, desde este punto de vista, fue el precursor de otro escritor cuya importancia se reveló considerable, Helánico de Mitilene. Este también se inclinó por las crónicas argivas, y su *Cronología de las Sacerdotisas de Hera* (la gran diosa de Argos) recogió tradiciones sagradas muy valiosas que, lamentablemente, han desaparecido en su mayor parte. Es a Helánico a quien corresponde el honor de haber nombrado por vez primera la ciudad de Roma, que considera una ciudad griega, fundada tras la gran dispersión que siguió al «retorno» de los vencedores de Troya. La tendencia fundamental de todos estos trabajos y recopilaciones, entre el siglo VI y el fin del siglo V antes de nuestra era, es el deseo de fijar una «cronología» de los acontecimientos, tanto históricos como legendarios. La distinción entre los dos órdenes de hechos –distinción totalmente moderna, en un sentido, y a menudo muy escurridiza, pues la leyenda puede no ser más que una interpretación de la historia, y no existe ningún criterio que permita establecer la separación con toda tranquilidad– no se vislumbra todavía. Y la clasificación de los acontecimientos sigue siendo principalmente temporal. Se trata de determinar concomitancias respecto a puntos concretos, supuestamente conocidos, como por ejemplo, la toma de Troya o la fundación de los Juegos Olímpicos. El marco más generalmente adoptado es aquel que suministran las «generaciones», y se trata de introducir los acontecimientos y los personajes. Naturalmente, surgen dificultades. En particular, las aventuras de Heracles, que tienen lugar en un universo que parece vacío –la leyenda, en su forma más antigua, no contempla ningún encuentro de Heracles con los otros héroes mayores–, plantean problemas de concordancia especialmente delicados, porque la tradición nombra a los hijos de Heracles y los muestra comprometidos

Material com direitos autorais

en una u otra de las grandes empresas colectivas, al mismo tiempo, por ejemplo, que a los hijos de Teseo. ¿Cómo es posible que Teseo y el gran héroe argivo no se hayan encontrado? El ingenio griego no agota jamás todos sus recursos, y se explicará que la actividad de Teseo se desarrolló durante la cautividad de Heracles en Lidia, junto a Onfale, y que, inversamente, durante toda la última parte de la vida de Heracles, Teseo se encontraba en los Infiernos, prisionero de Plutón. Así, hay episodios obligados dentro de las «biografías» legendarias. Estos episodios no son naturalmente primitivos; se introducen para realizar las concordancias cronológicas necesarias. A veces, es preciso intercalar generaciones enteras de «réplicas» para evitar supervivencias o longevidades imposibles. La avanzada edad de Néstor, uno de los combatientes aqueos frente a Troya, se explica únicamente porque Néstor figura como comparsa en el ciclo de Heracles. Niño en tiempos en que el héroe combatía contra Neleo y sus hijos en Pilos de Mesenia, debe estar todavía vivo durante la expedición aquea: por ello, se le concede la vida de tres generaciones de hombres, lo que, de paso, hace de él un anciano canoso, sabio, buen consejero, y sugiere la evocación de toda una figura ya tradicional. En este punto, la cronología ha sido creativa, y captamos el nacimiento mismo de un episodio.

Con el comienzo de la época clásica, los grandes marcos de las leyendas quedan ya definitivamente fijados, y las incoherencias que subsisten permanecerán. Se considera la *historia* de los tiempos legendarios como definitivamente asumida, y existe ante todo la preocupación por conocerla mejor. A partir del siglo III a. de J.C. aparecen «colecciones» cuyos resúmenes nos han sido conservados algunas veces con el nombre abusivamente empleado de su primer autor. Algunas de estas recopilaciones estaban especializadas en un determinado tipo de leyendas. Por ejemplo, Eratóstenes de Cirene escribió en la segunda mitad del siglo III a. de J.C. un libro de las *Transformaciones en astros (Catasterismoi)* en el

Material com direitos autorais

que recopilaba todos los ejemplos conocidos de narraciones en las que el héroe o la heroína eran colocados, al término de su historia, entre las constelaciones. Este trabajo se prolongará durante toda la Antigüedad, y tendremos así «manuales» de aventuras amorosas (nos ha llegado el de Partenio de Nicea, el contemporáneo de Virgilio), y recopilaciones de *Metamorfosis:* el griego Nicandro, que escribía en el siglo II a. de J.C., servirá de modelo directo al largo poema que Ovidio publicará con ese título en tiempos de Augusto. Pero los mitógrafos serán a veces más ambiciosos, y algunos de ellos se esforzarán por abarcar la totalidad de las tradiciones legendarias. La tentativa más importante de esta clase es la obra conocida con el título de *Biblioteca* de Apolodoro. Apolodoro era un gramático y una «filólogo» ateniense del siglo II antes de nuestra era que consagró su vida a la exégesis de los antiguos poetas. La *Biblioteca* que tenemos con su nombre no es obra suya, sino, sin duda, un compendio que se remonta al primer siglo de nuestra era. Ahí encontramos una mitología ordenada, que parte de la creación de las cosas y de los dioses, y que luego desciende, por generación, hasta los últimos períodos de la leyenda, es decir, hasta los tiempos que siguieron a la toma de Troya. La mitología ya no es sino un «cadáver embalsamado», pura materia de erudición separada de sus fuentes vivas.

Con todo, junto a las grandes recopilaciones canónicas, cuyo fin esencial es introducir una cantidad artificial y perecedera, encontramos otras fuentes, trabajos concebidos en un espíritu absolutamente opuesto y mucho más acorde con las preocupaciones modernas. El más valioso para nosotros es la *Descripción de Grecia,* de Pausanias, que ha conservado el recuerdo de un número considerable de leyendas locales, excluidas de las grandes síntesis, pero que constituyen otras tantas variantes raras que han quedado vivas en el folclore. Lamentablemente, la obra de Pausanias, tal como nos ha llegado, no cubre la totalidad de los países griegos y, respecto de ciertas regiones, subsiste nuestra ignorancia. Consegui-

Material com direitos autorais

mos subsanarla, a duras penas, gracias a las dispersas indicaciones reunidas por los comentadores de los poetas y contenidas en los escolios, que son las notas que los editores antiguos ponían en las obras clásicas. Este trabajo de paciente erudición se llevó a cabo principalmente con motivo de los poemas homéricos y se continuó después del fin del paganismo. Los sabios bizantinos Johannes e Isaac Tzetzes nos proporcionan una gran cantidad de hechos que a veces se remontan a una antigüedad muy remota.

Así es, en su conjunto, la mitología griega: materia de orígenes muy diversos, fragmentos frecuentemente mal enlazados de síntesis artificiales, donde el lento trabajo de los sabios, los escritores y los poetas ha añadido y suprimido a su antojo, pero donde todavía se distinguen a veces los datos primitivos de la imaginación y de la piedad populares. Lo docto y lo espontáneo, lo natural y lo artificial, se mezclan íntimamente en la mitología. Es virtud de la ciencia moderna haber acometido un análisis que, aunque lejos de estar acabado, ya permite comprender mejor la verdadera significación y el alcance de un modo de pensamiento esencial al espíritu humano.

Si consideramos ahora la mitología «clásica», no ya en su formación y evolución, sino como un todo fijado, en forma «canónica», observaremos que todos los mitos que nos ofrece no tienen el mismo alcance ni la misma forma. Unos son relatos concernientes a la formación del mundo y al «nacimiento» de los dioses. Para ellos, y sólo para ellos, convendría reservar el término mito, en su sentido más estricto. Los designaremos aquí con el nombre de «mitos teogónicos» o «cosmogónicos» según el caso. Estos relatos fueron reunidos principalmente por Hesíodo, pero, obviamente, son muy anteriores y representan aportaciones de las cuales unas son puramente griegas y otras provienen de religiones orientales, o incluso prehelénicas. Se cometería un error, sin embargo, al considerarlos como datos primitivos. Son, frecuentemente, concepciones muy evolucionadas que se han formado en

Material com direitos autorais

Pierre Grimal pretende en este libro superar el vacío existente en torno a la interpretación del mito, aunque sin renunciar a ofrecer una exposición abreviada de la materia mítica griega. El texto se plantea el estudio de la mitología griega como problema hermenéutico, aportando sugerentes puntos de vista, pero salvando, por encima de toda reducción racionalista o positivista, el valor de los mitos para el despliegue de la conciencia humana.
«Gracias al mito –afirma el autor–, lo sagrado ha dejado de ser terrible, toda una región del alma se ha abierto a la reflexión; gracias a él, la poesía ha podido convertirse en sabiduría.»

Grimal –ya conocido por el lector de habla española desde la aparición de su *Diccionario de mitología griega y romana*, también publicado por Paidós– se acerca al mito desde el más puro sentir platónico, deshaciendo tópicos y equívocos y otorgándole el valor epistémico que tanto Platón como Aristóteles, así como la tradición neoplatónica y la averroísta, le reconocieron por derecho propio.

Como consecuencia, el lector no sólo encontrará en este libro el genuino sentido y el alcance de la «ficcionabilidad» de la literatura mitológica griega, sino también la escala prometeica que humaniza al hombre y le aproxima a la divinidad.

www.paidos.com

9 788475 095301 31075

Diseño: Mario Eskenazi

Material com direitos autorais